



EL ETERNO VIAJE

CÓMO VIVIR
CON

HOMERO

ADAM NICOLSON

Ariel

EL ETERNO VIAJE

**CÓMO VIVIR
CON**

HOMERO

ADAM NICOLSON

Traducción de
Gemma Deza Guil

Título original: *The Mighty Dead: Why Homer Matters*

Publicado originalmente por William Collins, un sello de Harper Collins, UK.

1.^a edición: mayo de 2015

© 2014, Adam Nicolson

© 2015 de la traducción, Gemma Deza Guil

Revisión científica de Virgilio Ortega

Derechos exclusivos de edición en español
reservados para todo el mundo
y propiedad de la traducción:
© 2015: Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.
www.ariel.es

ISBN 978-84-344-2233-9

Depósito legal: B. 8.285 - 2015

Impreso en España por Huertas Industrias Gráficas

El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

ÍNDICE

Mapas:

<i>El mundo de los griegos en la Antigüedad.</i>	12
<i>El mundo en la Edad del Bronce</i>	14
<i>Prefacio.</i>	17

CAPÍTULO 1

Descubrir a Homero	25
------------------------------	----

CAPÍTULO 2

Entender a Homero	35
-----------------------------	----

CAPÍTULO 3

Amar a Homero	61
-------------------------	----

CAPÍTULO 4

Buscar a Homero	73
---------------------------	----

CAPÍTULO 5

Encontrar a Homero	97
------------------------------	----

CAPÍTULO 6

Homero, el extraño	117
------------------------------	-----

CAPÍTULO 7	
Homero, el real.	155
CAPÍTULO 8	
El héroe del metal	179
CAPÍTULO 9	
Homero en la estepa	221
CAPÍTULO 10	
El clan y la ciudad	269
CAPÍTULO 11	
El espejo de Homero.	307
CAPÍTULO 12	
La <i>Odisea</i> de Homero.	333
CONCLUSIÓN	
La estela brillante.	361
<i>Agradecimientos</i>	365
<i>Notas.</i>	367
<i>Bibliografía.</i>	397
<i>Créditos de las ilustraciones</i>	411
<i>Índice temático</i>	413



CAPÍTULO 1

DESCUBRIR A HOMERO

Una noche hace diez años empecé a leer a Homero en inglés. Junto a un viejo amigo, George Fairhurst, había navegado desde Falmouth hasta Baltimore, en el suroeste de Irlanda, más de cuatrocientos kilómetros a través del mar Céltico. Habíamos zarpado tres días antes en nuestro queche de madera, el *Auk*, de doce metros de eslora, un barco que nos había parecido lo bastante sólido en Falmouth, pero menos en el Atlántico.

Había sido un viaje ruinoso. A poco menos de un kilómetro y medio del refugio en Falmouth, nos dimos cuenta de que nuestro instrumental estaba roto, pero llevábamos tanto tiempo preparándonos y estábamos tan sedientos por lanzarnos a la mar que a ninguno de los dos nos apeteció dar media vuelta. Aquella noche se desató una fuerte tempestad, de fuerza ocho y ráfagas de nueve a diez nudos, al oeste de Scilly, y nos guiamos por las estrellas cuando el cielo estaba despejado, por la brújula en medio de la tormenta, que duró, a intervalos de varias horas, aquella noche, y todo el día y la noche siguientes. En ocasiones, el mar se había vuelto inmenso y toda la proa se sumergía en él y enterraba el bauprés hasta el enchufe, el agua entraba a mares por la cubierta de proa y avanzaba hacia el timón, convirtiendo las cubiertas laterales en canales paralelos al Atlántico.

Al cabo de cuarenta horas llegamos. George tenía la cara toda enrojecida y magullada, los ojos hundidos y oscuras ojeras; parecía que se hubiera peleado. Lanzamos el ancla en medio del puerto de Baltimore, en cuyas quedas aguas se reflejaban las luces del muelle, tan sólo perturbadas por nuestra pequeña ola, y dormí dieciséis horas de un tirón. La noche siguiente me hallaba tumbado en mi litera, con el *Auk* amarrado en el muelle irlandés y con la *Odisea* traducida al inglés por el magnífico poeta y erudito estadounidense Robert Fagles entre las manos.^{1*}

De niño no había entendido a Homero. En la escuela nos lo enseñaban en griego, como si los poemas estuvieran escritos en lenguaje matemático. El maestro dibujaba los símbolos en la pizarra verde y descifrábamos su significado verso a verso, como si le quitáramos la espina a un pescado. La naturaleza arcaica del vocabulario de Homero, el patrón de sílabas largas y cortas en el verso, la esencia remota y poco interesante de los dioses, como el relato que alguien hace a la hora de comer sobre un sueño que ha tenido la noche anterior: ¿qué tiene que ver eso con nosotros? ¿Dónde está la vida en ese poema? ¿Cómo puede algo tan remoto compararse con las realidades acuciantes de nuestras propias vidas, de nuestros anhelos y ansiedades? La dificultad y la extrañeza del griego era poco más que una prisión de oscuridad para mí, que abandonaba alegremente una vez hecho el examen. Homero se me antojaba irrelevante.

Pero en aquella ocasión eran las palabras de Fagle lo que tenía delante. Medio por distracción, me había lleva-

* Para la traducción de los pasajes de la *Odisea* incluidos en este libro se ha utilizado la traducción de Fernando Gutiérrez para Debol-sillo (Barcelona, 2013). Y para la traducción de los pasajes de la *Iliada* se ha utilizado la traducción de Francisco Pérez para Abada (Madrid, 2012), salvo en contadas ocasiones, en las que se ha recurrido a la traducción de Luis Segalá y Estalella para Austral (Barcelona, 2012) tal y como se especifica en las notas. (*N. de la T.*)

do aquella traducción de la *Odisea* al *Auk*, pensando que podía echarle un vistazo durante mi propio periplo por el Atlántico Norte. Sin embargo, a medida que la leía, ya un hombre en la mitad de su vida, caí de repente en la cuenta de que aquél no era un poema sobre *el allí y el entonces*, sino sobre *el aquí y el ahora*. El poema describe la geografía interior de quienes lo escuchan. Cada uno de sus aspectos es una metáfora sensacional. Ulises no navega por el Mediterráneo, sino a través de los miedos y anhelos de la vida de un hombre. Los dioses no son creadores distantes, sino elementos que llevamos dentro: su inmisericordia negligente, sus intereses extravagantes y pasajeros, su indiferencia, su egoísmo sereno, sus ardidés y el temblor de la tierra bajo sus pasos.

Leí a Fagles aquella noche y de nuevo mientras navegábamos por la costa oeste de Irlanda rumbo al norte. Empecé a concebir a Homero como un guía vital, como una especie de texto sagrado incluso. El mar en la *Odisea* era aniquilador; en un momento dado, Hermes, el genio que preside la vida de Ulises, pregunta «¿quién por gusto querría pasar tantas ondas saladas? Y no hay cerca de ti una ciudad donde ofrezcan los hombres».² Pero ocultas en su interior había toda suerte de islas deliciosas, llenas de deleites con los que ni siquiera habían soñado, de mujeres hermosas y de succulentos frutos, bonitos paisajes donde no había que trabajar, tierras de ensueño, cada una capaz de seducir y amenazar a su propia manera al hombre que se aventurase a entrar en ellas. Todas ellas se reservan algo malo para Ulises. Calipso, una diosa de una belleza inimaginable, lo obliga a dormir con ella noche tras noche durante siete años; Circe lo alimenta con cenas deliciosas durante todo un año hasta que, finalmente, uno de los hombres de Ulises le pregunta qué está haciendo y augura que, de continuar así, ninguno de ellos volverá jamás a su hogar. ¿Es eso lo que quiere Ulises?

En parte, la *Odisea* se me presentó como el relato de un hombre que navega a través de su propia muerte: el

mar es mortal, las islas son mortales, visita el Hades en pleno centro del poema y quienes lo aman en su tierra natal lo dan por muerto y lo imaginan convertido en un montón de huesos blancos que se descomponen en una orilla lejana. Él busca la vida, pero no la encuentra. Cuando escucha narrar historias de su propio pasado, se le hace insoportable, se envuelve la cabeza en una «el manto purpúreo»³ y llora por todo lo que ha perdido.

Fue de Ulises de quien verdaderamente me enamoré aquel verano mientras navegábamos rumbo norte, hacia las Hébridas, las Orcadas y las Feroe: del hombre complejo, titilante y taimado, «aquel hombre astuto», como lo llama Fagles,⁴ traduciendo la palabra griega *polytropos*, el hombre desviado de su camino, el hombre que sufrió multitud de aflicciones, el hombre al cual rompieron el corazón en mar abierto. Su propia vida era tortuosa y quizá también, creí yo, lo fuera su destino, pues sus resoluciones no parecían conducirlo jamás al sosiego. Las islas que jalonaban su viaje eran sus propios fracasos. En su hogar, Ítaca, le aguardaba el ansiado momento en el que sus fallos por fin serían superados. El desorden de Ulises era su belleza.

Ulises no es ninguna víctima. Sufre, pero no se desploma. Su virtud es su elasticidad, su vigor de caucho. Si le aprietan, se dobla, pero rebota y esa fuerza mediana encarnaba para mí un modelo hermoso de hombre. Ulises era todo navegación, sutileza, invención, esquivar las piedras en el camino, narración, trampas y supervivencia. Es capaz de mostrarse resuelto, fiero y destructivo cuando es menester, e inteligente, divertido y amoroso cuando conviene. No hay por qué elegir entre tales atributos: Ulises los tiene todos a su disposición.

Al igual que Shakespeare y la Biblia, todos conocemos sus historias de antemano, pero hubo una en concreto que me asombró aquel verano mientras navegaba en el *Auk*. Habíamos dejado las islas de Aran a última hora de

la tarde y George había timoneado el barco toda la noche en medio de la oscuridad de la costa de Galway. Lo relevé al amanecer y aquella mañana temprano, con una taza de té en la mano, ante el timón y con el sol elevándose sobre la Irlanda peninsular, conduje el *Auk* hacia el norte, rumbo a las islas Inishkea y el rincón de County Mayo, antes de virar allí y encaminarlo hacia Escocia.

Soplaba un fuerte viento del este, que racheaba sobre las montañas Mayo, bajo un sol blanco y frío. George y mi hijo Ben, que se nos había unido, dormían en los camarotes. Unas pardelas, esas aves negras, líquidas e infatigables, surcaban las olas a nuestro lado, como si el mar se hubiera vuelto aéreo, y esporádicamente un fulmar se atisbaba por la ranura que quedaba entre el foque y la mayor, y volaba con nosotros en la corriente de aire. El *Auk* avanzaba disparado por efecto del viento aquella mañana, adentrándose en el Atlántico y agitándose rumbo al norte como un caballo al galope. No recuerdo cuándo me he sentido tan feliz.

Timoneando entre el oleaje, sujetando el gobernalle contra las olas a medida que impactaban en el *Auk* y soltándolo cuando se alejaban, apoyé la magnífica traducción de la *Odisea* de Robert Fagles contra la bitácora de la brújula y la até abierta con una cuerda elástica para protegerla del viento, y así asimilé sus palabras. Aquella mañana leí el relato de las sirenas. Tal como nosotros, Ulises sabía que se expondría a los cantos que aquellas extrañas criaturas, cual pájaros, cantaban a los marineros y con los que, a los barcos que pasaban por allí, los atraían hasta la orilla, donde los hacían naufragar y dejaban morir a la tripulación.*

El único modo que Ulises tenía de librarse de las sirenas era cortar un pan de cera de abejas, amasarlo entre sus manos, ablandar la cera al calor del sol y taparles los oídos

* Las sirenas de Homero no devoran a los hombres. Fueron los griegos quienes, con el paso del tiempo, pensaron que devoraban a sus víctimas. (*N. del autor.*)

a los marineros con aquellos tapones. Una vez los hubo ensordecido, se hizo atar al palo mayor para que cualquier deseo que hubiera podido encaminarlos hacia aquellas deliciosas voces melosas no tuviera efectos sobre sus hombros. Sólo trabado podría él escucharlas cantar desde su «florido pradal» o, como Robert Fagles tradujo al inglés: «desde sus praderas estrelladas de flores».⁵

Ese prado mortal es el lugar más deseable que ningún hombre pudiera imaginar. Y, sin embargo, es otra isla



Ulises, atado al mástil de su barco, con la vela mayor plegada, resiste a la seducción del canto de las sirenas. Imagen extraída de un *stamnos*, o vasija, fabricado en Atenas en torno al año 480 a. C., pero exportado a la ciudad etrusca de Vulci, en la orilla del Mediterráneo, unos cien kilómetros al norte de Roma, donde se encontró durante unas excavaciones en el siglo XIX. Actualmente se encuentra en el Museo Británico, que lo compró en 1848 a la coleccionista que lo poseía, una de las nueras de Napoleón.

donde un hombre podría naufragar y morir. Una calma letal cae sobre el mar. Los hombres pliegan las velas y se sientan a los remos. Las sirenas, cuando se encuentran a la distancia precisa del barco para hacerse oír, provocan a Ulises a su paso. Le darán sabiduría si se acerca a ellas y las escucha. Si se lo permite, harán que entienda. Lo presionan con el confort y la belleza de cuanto tienen que ofrecerle. Le cantan, y Ulises anhela ir junto a ellas, su corazón palpita por ellas, tal como dice Fagles, y con las cejas hace gestos a la tripulación para que lo suelten. Pero sus hombres no le responden. Sordos a toda persuasión, lo atan cada vez más fuerte y capitanean la embarcación hasta dejarlas atrás.

Homero nunca se muestra más rápido. Como la veloz embarcación de Ulises, la escena al completo navega hasta su puerto en sólo cuarenta versos. Rara vez algo tan breve ha propagado sus ondas tan anchamente. Sin embargo, lo importante es que el canto de las sirenas no es una tonadilla seductora que tarareaban los antiguos. Es la historia de la *Iliada* en sí misma. Cantan las sirenas:

No ignoramos los males que en Troya la vasta sufrieron
los argivos y teucros por causa de un dios que lo quiso,
y sabemos también lo que ocurre en la tierra fecunda.⁶

Las sirenas cantan al pasado heroico. Ése es el prado de la muerte. Quieren atraer a Ulises con relatos tentadores de quien otrora fue. Y Ulises, tras sus años de padecimientos y viajes infinitos, de frustración en los bellos brazos de Calipso, cuyo nombre significa ‘la que oculta’, la diosa del olvido, ansía regresar al mundo activo, el mundo de la simplicidad y de las cosas claras que había conocido en Troya. Las sirenas son sabias y conocen bien los anhelos de Ulises. La perspectiva de una heroicidad sin fisura lo seduce y Ulises lucha por desembarazarse de sus ataduras. Pero sus hombres, como el poema en sí, lo

atan con nudos aún más fuertes al barco. No naufragarán en las ilusiones de la nostalgia, en el sueño de ese mundo heroico y antiguo, porque, como bien sabe la *Odisea*, para vivir bien en el mundo hay que resistirse a la nostalgia: hay que permanecer en el barco, atado al presente, permanecer inmóvil, ajustar las jarcias, sortear el oleaje, mantenerse alerta a los cambios de viento, observar la botavara balancearse sobre la cabeza, y, en suma, implicarse en el embrollo, la duplicidad y las tribulaciones de la vida. Nunca hay que sucumbir a la tentación de las simplicidades candorosas que el pasado heroico parece ofrecernos. Eso fue lo que Homero, las sirenas y Robert Fagles me revelaron aquel día.⁷

Aún puedo ver la luz del sol reflejándose en el dorso de las olas aquella mañana, cuando se abrían paso bajo nosotros, peinadas por el mar y con la espuma resbalando por sus lomos, cada una de ellas un recuerdo de lejanas tempestades en el oeste del Atlántico, empinándose más al avanzar hacia el este y luego deshaciéndose en la orilla. El *Auk* navegó hacia el norte con las pardelas y la mañana se hizo inolvidable. Fue entonces cuando empezó este libro.

Doy gracias a Dios por haber conocido a Homero de nuevo aquel verano. De repente estaba junto a mí, se convirtió en un compañero y aliado, la voz más sensata y digna de confianza que jamás había conocido. Fue como descubrir la poesía misma, o que los muertos hablan. Mientras leía y releía la *Odisea* traducida, de súbito tuve la sensación de que allí había una realidad inalterada, alguien que hablaba sobre el destino y la condición humana de modos que otras personas tan sólo abordan de manera tangencial; y esa franqueza, esa sensación de que no había nada entre mí y la fuente, es lo que me atrapó. Me vinieron ganas de preguntar: «¿Por qué nunca me lo había dicho nadie?».

Cuanto más revisaba los poemas en las distintas traducciones y cuanto más intentaba entender algunos frag-

mentos de ellos en griego con ayuda de un diccionario, más se incrementaba mi sensación de que Homero era un manual de texto para la vida. Era una forma de conciencia que entendía el fracaso, la autocomplacencia y la vanidad y, pese a ese conocimiento, no deponía la esperanza de alcanzar la nobleza y la integridad y de obrar bien. Antes de leer el prefacio de Pope a la *Iliada*, o las famosas lecciones de Matthew Arnold sobre la traducción de Homero, ya había entendido que aquello era el alma humana hecha fuego, la velocidad en persona, corriendo, avanzando y con una capacidad infinita de lanzar pequeñas informaciones aclaratorias como chispas arrojadas por los engranajes de un motor que percute durante la noche. Velocidad, escala, violencia y amenaza; pero cada chispa con algo de humanidad.